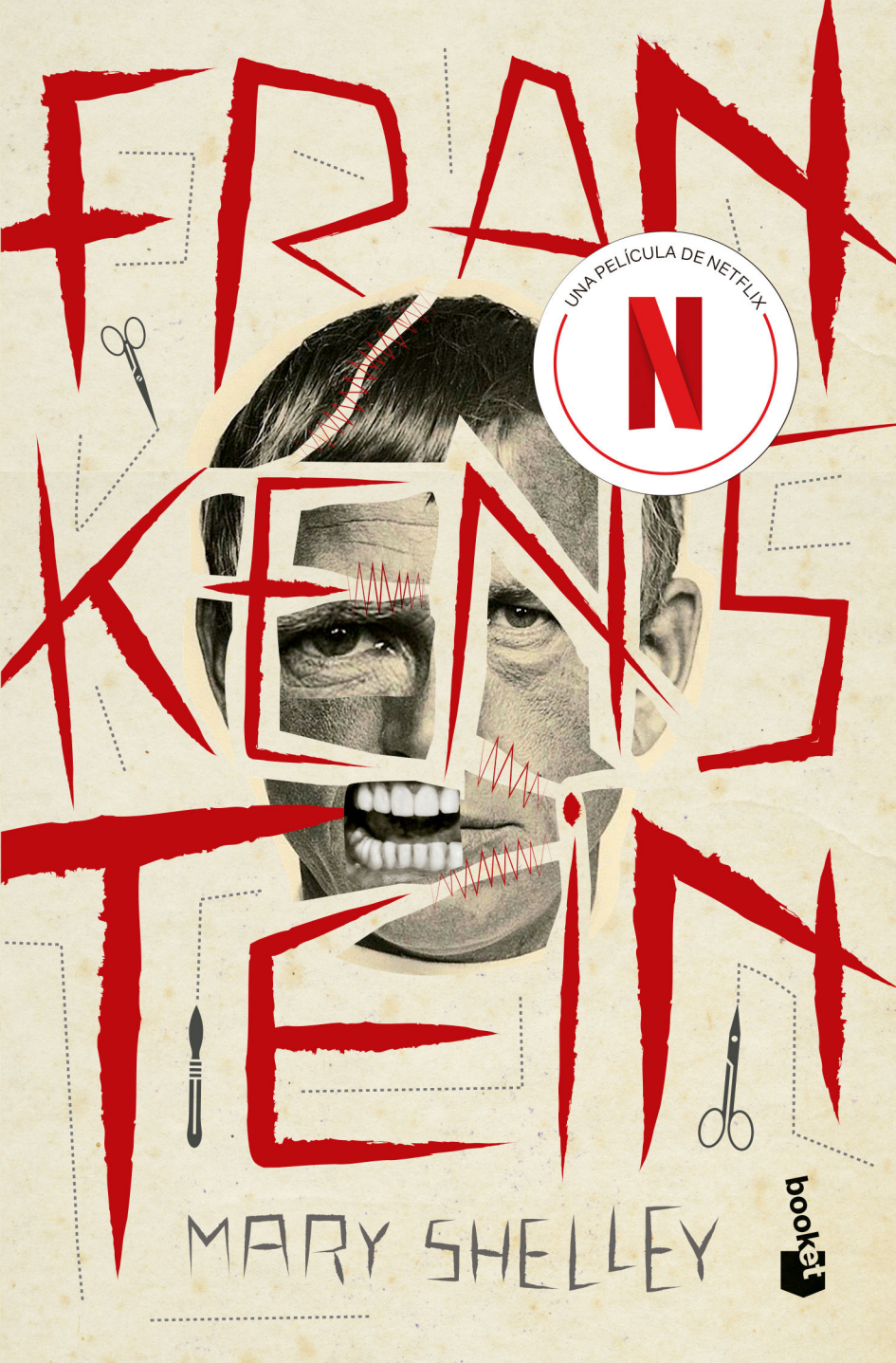




UNA PELÍCULA DE NETFLIX

N

MARY SHELLEY

booket

Mary Shelley
Frankenstein

CAPÍTULO 1

Soy ginebrino de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de aquella república. Durante años mis antepasados fueron consejeros y jueces, mi padre ocupó con honores y buena reputación diferentes cargos públicos. Los que lo conocían respetaban su integridad e infatigable dedicación; pasó su juventud ocupado exclusivamente a los asuntos de su país y solo hacia el fin de sus días pensó en contraer matrimonio, y dar al Estado hijos que pudieran perpetuar su buen nombre y sus virtudes.

Dado que las circunstancias del matrimonio reflejaron su personalidad, no dejaré de referirme a ellas. Uno de sus amigos íntimos era un comerciante que a causa de numerosos contratiempos cayó en la miseria, después de gozar de una situación muy desahogada. Este hombre, de nombre Beaufort, era de carácter orgulloso, altivo, y se resistía a vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país en el cual, hasta entonces, se había destacado por su categoría y riqueza. Habiendo saldado sus deudas en la forma más honrosa se retiró a la ciudad de Lucerna, con su hija, donde vivió sumido en el anonimato y la desdicha. Mi padre profesaba a Beaufort una verdadera amistad y su reclusión, en tales desgraciadas circunstancias, lo afligió mucho. Añoraba su compañía y se propuso ir en

su búsqueda para persuadirlo de que con su crédito y ayuda empezara de nuevo.

Beaufort había tomado recaudos para esconderse y mi padre tardó diez meses en encontrarlo. Entusiasmado con el descubrimiento, se apresuró en ir a su casa, situada en una callecita cercana al Reuss, pero cuando llegó solo encontró pobreza y desesperación. Beaufort no había logrado salvar sino una ínfima suma entre los despojos de su fortuna. Suficiente para sostenerlo durante algunos meses, mientras esperaba encontrar un trabajo respetable con algún comerciante. Pasó el intervalo inactivo; con tanto tiempo para reflexionar su dolor se hizo más profundo y se apoderó de tal forma de él que a los tres meses estaba enfermo, en cama e incapaz de cualquier esfuerzo.

Su hija lo atendía con cariño, pero veía con tristeza que su escaso capital disminuía con rapidez y que no había perspectivas de sustento. Pero Caroline Beaufort era de una especial inteligencia y su valor le dio fuerza en la adversidad. Empezó a realizar labores simples: trenzaba mimbre, y de distintos modos logró ganar pequeñas sumas que apenas bastaban para el sustento.

De ese modo pasaron varios meses. El padre de Caroline empeoró, y ella debía ocupar más tiempo en atenderlo; su dinero se agotaba. A los diez meses, su padre murió, dejándola huérfana y en absoluta pobreza. Este golpe fue demasiado. Mi propio padre, al entrar en la casa, encontró a Caroline, de rodillas, junto al ataúd, llorando con amargura; ella lo vio llegar como a un espíritu protector y se encomendó a él. Después del entierro, mi padre la llevó a Ginebra, dejándola al cuidado de un pariente y a los dos años se casó con ella.

Cuando mi padre se convirtió en esposo y padre, las obligaciones de su nueva situación le ocupaban tanto tiempo que tuvo que dejar algunos de sus trabajos públicos, y se dedicó por entero a la educación de sus hijos. Yo era el mayor y destinado a heredar todos sus derechos y obligaciones. Nadie puede haber tenido padres más tiernos. Mi salud y desarrollo eran su permanente ocupación, pues durante varios años fui hijo único. Pero, antes de seguir mi narración, debo contar un incidente que tuvo lugar cuando yo tenía cuatro años.

Mi padre tenía una hermana a la que amaba tiernamente y que se había casado muy joven con un caballero italiano. Poco después de la boda acompañó a su marido a su país natal, y durante algunos años mi padre tuvo muy poca relación con ella. Ella murió alrededor de la época de la que hablo. Unos meses después, mi padre recibió una carta de su cuñado haciéndole saber que tenía la intención de casarse con una dama italiana y pidiéndole que se hiciera cargo de la pequeña Elizabeth, la única hija de su difunta hermana.

«Es mi deseo —dijo—, que la consideres como si fuera tu hija y que la eduques como a tal. Es la única heredera de la fortuna de su madre, y te enviaré los documentos que lo demuestran. Reflexiona sobre esta propuesta y decide si preferirías educar tú mismo a tu sobrina o que lo haga una madrastra».

Mi padre no dudó y de inmediato se puso en camino hacia Italia, con el fin de acompañar a la pequeña Elizabeth hasta su futuro hogar. A menudo he oído a mi madre decir que era la criatura más preciosa que jamás había visto, e incluso ya para entonces mostraba síntomas de un carácter dulce y afectuoso. La noche anterior a que llegara a la casa, en tono juguetón, mi

madre había dicho: «Tengo un bonito regalo para mi Víctor; mañana lo tendremos aquí». Y cuando a la mañana siguiente me presentó a Elizabeth, el regalo prometido, yo, con infantil seriedad, e interpretando fehacientemente sus palabras, consideré a Elizabeth mi propiedad, a la que debía proteger, amar y cuidar. Todos los elogios dirigidos a ella los recibía como destinados a una de mis posesiones.

Nos llamábamos familiarmente «primos». Ninguna palabra, ninguna expresión puede explicar lo que ella significaba para mí, más que una hermana, pues hasta la muerte fue solo mía.

Nos criamos juntos, había menos de un año de diferencia entre nosotros. No necesito destacar que nos era ajeno cualquier tipo de altercado o disputa.

La armonía era el alma de nuestra camaradería, y la diversidad y el contraste de nuestros caracteres nos unían más íntimamente. A partir de este momento, Elizabeth Lavenza se convirtió en mi compañera de juegos y, a medida que crecíamos, en una amiga. Era dócil y de buen carácter, alegre y juguetona como un insecto de verano. A pesar de que era vivaz y animada tenía sentimientos fuertes y profundos y era desacostumbradamente afectuosa. Nadie podía disfrutar mejor de la libertad ni podía plegarse con más gracia que ella a la sumisión o lanzarse al capricho. Su imaginación era exuberante, y tenía una gran capacidad para ponerla en práctica. Su aspecto era el reflejo de su mente, los ojos, color avellana, eran vivos como los de un pájaro, poseían una atractiva dulzura. Su figura era airosa, ligera, y aunque era capaz de soportar gran cansancio parecía la criatura más frágil del mundo. Me cautivaba su comprensión y fantasía, y me deleitaba cuidarla como

a un animalito predilecto. Nunca vi tanta gracia, personal y mental, ligada a tamaña modestia.

Todos querían a Elizabeth. Si los criados necesitaban algo, siempre se lo pedían a ella. No conocíamos desunión ni peleas. Aunque éramos muy diferentes incluso en esa diferencia había armonía. Yo era más tranquilo y filosófico que mi compañera, pero menos dócil. Mi capacidad de concentración, aunque mayor, no era tan firme. Me deleitaba investigando los hechos relativos al mundo, ella prefería los poetas. Para mí, el mundo era un secreto que anhelaba descubrir y para ella, un vacío que se obstinaba en poblar con su imaginación.

Al nacer el segundo hijo, siete años menor que yo, mis padres definitivamente abandonaron su vida errante y se establecieron en su país natal.

Poseían una casa en Ginebra y otra, de campo, en Belrive, sobre la orilla oriental del lago, a una distancia no mayor de una legua de la ciudad. Residíamos principalmente en la última, y la vida de mis padres transcurría en considerable reclusión. Mi temperamento me llevaba a evitar la multitud y a mostrar afecto ferviente a unos pocos. Mis hermanos eran más jóvenes que yo; pero tenía un amigo entre mis compañeros del colegio que compensaba esta deficiencia, Henry Clerval. Era hijo de un comerciante de Ginebra, íntimo amigo de mi padre, un chico de excepcional talento e imaginación. Recuerdo que, a los nueve años, escribió un cuento delicioso que fue el asombro de todos. Su tema de estudio favorito eran los libros de caballería y romances. Recuerdo que solíamos representar obras escritas por él, inspiradas en sus libros predilectos, con personajes como Orlando, Robin Hood, Amadís y San Jorge.

No puede haber existido juventud más feliz que la mía. Mis padres eran indulgentes y tenía buenos compañeros. Los estudios nunca nos fueron impuestos; teníamos una meta que nos inducía a seguirlos. Este era el método que nos llevaba a aplicarnos. Con el fin de que sus compañeras no la dejaran sola, a Elizabeth no se la orientaba hacia el dibujo. Sin embargo, se dedicaba a él por el deseo de agradar a su tía, dibujando alguna escena favorita. Aprendimos inglés y latín para poder leer lo escrito en esas lenguas. Tan lejos veíamos el estudio del aburrimiento o los castigos, que disfrutábamos con él. Nuestro entretenimiento era todo aquello que para otros niños resultaban ser solo tareas pesadas. Tal vez no hayamos leído tantos libros ni aprendimos tantas lenguas como aquellos a los que se educaba conforme a los métodos habituales, pero lo que aprendimos se nos grabó en la memoria con mayor profundidad.

Incluyo a Henry Clerval en el recuerdo de nuestro círculo doméstico, pues estaba siempre con nosotros. Iba conmigo al colegio y solíamos pasar la tarde juntos; porque siendo único hijo y encontrándose en su casa solo, a su padre le agradaba que tuviera sus amigos en la nuestra. Por otro lado, nosotros tampoco estábamos del todo felices cuando Clerval estaba ausente.

Siento placer al evocar mi infancia, antes de que la desgracia me empañara la mente y cambiara esta alegre visión universal por tristes y mezquinas reflexiones personales. Pero esbozando el cuadro de mi niñez, no debo descartar aquellos sucesos que me condujeron, inconscientemente, a mi posterior infortunio. Cuando quiero explicarme a mí mismo el origen de aquella pasión que regiría mi destino, veo que arranca,

como pequeño río de montaña, de fuentes poco visibles y casi olvidadas, que se engrosa poco a poco hasta convertirse en el torrente que arrasó todas mis alegrías e ilusiones.

La filosofía natural forjó destino. Deseo, pues, en esta narración contar los motivos que me hicieran preferir esta ciencia. Cuando tenía trece años fui de excursión con mi familia a un balneario que hay cerca de Thonon. El mal tiempo nos obligó a permanecer todo un día encerrados en la posada, donde, casualmente, encontré un volumen de las obras de Cornelius Agrippa. Lo empecé a leer con cierto aburrimiento, pero la teoría que intentaba demostrar y los maravillosos hechos que en él se contaban pronto convirtieron mi indiferencia en entusiasmo. Una luz nueva pareció iluminar mi mente, y pleno de alegría le comuniqué a mi padre aquel descubrimiento. No puedo dejar de destacar en este punto los múltiples recursos que disponen los educadores para orientar la atención de sus alumnos hacia conocimientos prácticos, y que, lamentablemente, desaprovechan. Mi padre hojeó distraídamente la portada del libro y dijo:

—¡Ah, Cornelius Agrippa! Víctor, hijo mío, no pierdas el tiempo con esto, son tonterías.

Si en vez de decir esto, mi padre se hubiera molestado en explicarme que los principios de Agrippa habían sido ya totalmente superados y que existía una concepción científica moderna con mayores posibilidades que aquella, puesto que eran reales y prácticas mientras que las antiguas eran quiméricas, tengo la seguridad de que habría perdido mi entusiasmo por Agrippa. Probablemente, tan sensibilizada como tenía la imaginación, me habría dedicado a la química, una teoría más racional, producto de descubrimientos modernos. Es

posible que de tal modo mi pensamiento no habría recibido el impulso fatal que me llevó a la ruina. Pero el indiferente conocimiento de mi padre por aquel texto que yo estaba leyendo me indicó claramente que él no estaba familiarizado con el contenido del libro. Con aquel concepto, seguí mi lectura con avidez.

Al volver a casa, mi primera preocupación fue encontrar la obra completa de Agrippa y después la de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con entusiasmo sus locas fantasías. Me parecían tesoros que, salvo yo, pocos conocían. Claro que, con frecuencia, tenía deseos de hacer conocer a mi padre esas secretas reservas de mi sabiduría, pero aquella imprecisa desaprobación suya de mi querido Agrippa me lo impedía. Por lo tanto, rogándole que lo mantuviera en absoluto secreto, le conté a Elizabeth mi descubrimiento, pero el tema no le interesó. Me vi obligado a continuar solo.

Parece extraño que en el siglo XVIII surgiera un discípulo de Alberto Magno, además nuestra familia no era científica, y no pude asistir a ninguna de las clases que se daban en la universidad de Ginebra. De modo que mis sueños no se vieron turbados por la realidad, y pude lanzarme a la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida. Y era esto lo que ocupaba mi mayor atención: la riqueza era un objetivo inferior; pero ¡cuánta fama rodearía mi descubrimiento si pudiera eliminar toda enfermedad de la humanidad y hacer invulnerables a todos los hombres salvo a la muerte violenta!

Pero no eran mis únicos pensamientos. Provocar la aparición de fantasmas y demonios era algo que mis autores predilectos aseguraban que era sencillo, y algo que ansiaba lograr. Atribuía a mi inexperiencia y errores el hecho de que mis

hechizos jamás tuvieran éxito, y no por la falta de habilidad o veracidad de mis instructores.

Los fenómenos naturales que tenían lugar a diario por esos días no escapaban a mi observación. Los maravillosos efectos del vapor y la destilación, algo que mis autores favoritos desconocían, me provocaban asombro, y el mayor de esos asombros lo suscitaron unos experimentos con una bomba de aire que empleaba un caballero al cual solíamos visitar.

El desconocimiento de los antiguos filósofos sobre este y varios otros temas disminuyeron mi fe en ellos, pero no podía desecharlos por completo sin que algún otro sistema ocupara su lugar en mi mente.

Tenía unos quince años cuando luego de dirigirnos a la casa que teníamos cerca del Blerive, pudimos presenciar una tormenta terrible. Había surgido por detrás de las montañas del Jura, y los truenos estallaban desde varios puntos del cielo con increíbles estruendos. Pude observar ese proceso con curiosidad y deleite. De pronto, vi brotar un haz de fuego de un precioso y viejo roble, ubicado a unos quince metros de la casa; en cuanto aquel resplandor se desvaneció noté que el roble había desaparecido. A la mañana siguiente, al acercarnos, encontramos el árbol insólitamente destruido. No estaba astillado, solo quedaban pequeñas virutas de madera. Nunca había visto algo tan deshecho. La curiosa devastación del árbol avivó mi curiosidad. Con enorme interés le pregunté a mi padre acerca de la naturaleza y origen de los truenos y los relámpagos.

—Es la electricidad —respondió, describiéndome los diversos efectos de esa energía.

Y para que comprendiera mejor, construyó una peque-

ña máquina eléctrica con la que hizo algunos experimentos; también armó un barrilete con cable y cuerda, que arrancaba aquel fluido de las nubes. Estos experimentos terminaron por destruir a mis ídolos: Cornelius Agrippa, Alberto Magno y Paracelso que, durante tanto tiempo, reinaron en mi imaginación. Pero influenciado por la siguiente circunstancia, no me sentí inclinado a empezar el estudio de esos sistemas modernos. Mi padre manifestó su deseo de que asistiera a un curso sobre filosofía natural. Acepté con gusto pero, por algún motivo, no empecé hasta que el curso estuvo a punto de terminar, entonces, al ser una de las últimas clases, me resultó totalmente incomprensible. El profesor disertaba con la mayor locuacidad sobre el potasio y el boro, los sulfatos y óxidos, términos que yo no podía asociar con nada de lo imaginado por mí. Fue así como empecé a aborrecer la ciencia de la filosofía natural; sin embargo, seguí leyendo con deleite a Plinio y Buffon, autores a mi juicio de similar interés y utilidad.

A esta edad, las matemáticas y la mayoría de las ramas cercanas justamente a esa ciencia fueron mi preocupación. También mi interés en los idiomas; el latín me era familiar y, sin ayuda del diccionario, empecé a leer algunos de los autores griegos más accesibles. Comprendía algo de inglés y alemán. Este era mi bagaje cultural a los diecisiete años, además de las muchas horas empleadas en la adquisición y conservación del conocimiento de la vasta literatura.

También recayó sobre mí la tarea de preparar a mis hermanos. Ernest, que era siete años menor, fue mi principal alumno. Desde su nacimiento había sido enfermizo, y Elizabeth y yo lo habíamos cuidado a diario; era dócil pero incapaz de todo esfuerzo mental prolongado. William, el menor de la

familia, era un niño aún y la criatura más deliciosa del mundo; tenía vivaces ojos azules, hoyitos en las mejillas y modales cariñosos que inspiraban ternura.

Así era nuestro clima familiar. El dolor y la inquietud no parecían encontrar lugar. Mi padre conducía nuestros estudios, y mi madre participaba de nuestra diversión. Ninguno gozaba de más atención que el otro; la voz de la autoridad no se oía en nuestro hogar, porque nuestro mutuo afecto nos llevaba a obedecer y satisfacer el mínimo deseo del otro.

De tan extraño modo fueron hechas nuestras almas, y por lazos tan frágiles se encuentran sujetas a la prosperidad o a la ruina. Cuando miro hacia atrás, me parece como si este cambio tan milagroso de la inclinación y la voluntad me hubiese sido sugerido por el ángel guardián de mi vida, el último esfuerzo realizado por mi espíritu de conservación, para ponerse a resguardo de la tormenta que se preparaba en el cielo y se disponía a envolverme. El destino era poderoso, y sus leyes inmutables habían dispuesto mi absoluta y terrible destrucción.